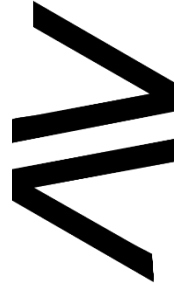


VI

archivo
entre >
guerras



Suite Afganistán

De Ángel Hernández





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: archivo.entreguerras@gmail.com



PRIMERA ESTACIÓN

La del desierto/ La del olvido/ La de los hombres que fumaban sus ojos/ La de los pasaportes perdidos/ La de los cuatro mexicanos que llegaron a Afganistán y ahí se encontraron.



I. Telma y Go

A

Esto es Kabul y caminamos por la vía del Rasham Van. Telma está fría.

—¿Estás fría? —Telma no responde a la cámara, no quiere hablar—. ¿Quieres detenerte un poco y, luego, entrar a un café? Bien, ahora estamos en un café.

—Go, no hay nadie en este café.

—Sí, en este café, no hay nadie. En este café, no hay nada. ¿Nos vamos, nena?

—Telma no contesta otra vez.

Esto es Kabul y caminamos por la vía del Rasham Van. Estoy fría. Estoy pálida y Go lleva esa cámara estúpida queriendo grabarlo todo lo que se mueva.

—Para, por favor. No grabes más.

Go me ha tomado del brazo y ahora seguimos caminando: hay perros/ Hay neumáticos/ Hay cenizas. Ahora mi respiración se incrementa: hay perros/ Hay neumáticos/ Hay cenizas y, sobre las cenizas, hay tanques militares.

—Me gustan los tanques militares, Go —ahora, Go graba a los soldados que suben a sus tanques—. No deberías hacerlo, nos buscaremos problemas.



Sujeto a Telma del brazo. Un auto le pasó muy cerca. El brazo de Telma sigue frío, como un bloque de hielo, y ahí están los soldados. Ahí están los soldados y si ahí están los soldados, ahí están los problemas. Enciendo nuevamente la cámara. Quiero tener todo Kabul dentro de esta cámara.

—¿Te gustan los tanques militares, nena? Mira, ahí está uno.

—Los soldados que suben a él parecen hormigas verdes que ingresan a su agujero. No es bueno acercarse demasiado. Para, no grabes más, por favor.

—Los soldados suben al tanque y el tanque se echa a andar mientras los niños afganos les lanzan piedras. ¿Has visto cómo son los niños en Kabul, nena?

—No piden dinero a turistas.

—No. Sólo lanzan piedras. Son como pequeños demonios que lanzan piedras y entierran bombas.

—Mejor vámonos de aquí, Go.

—Sí, vámonos.

Los soldados se han ido. Go ha podido grabar algunas escenas y ahora las vemos en la *handycam*.

—No es bueno que lleves esa cámara en las manos, Go. Te lo he dicho siempre. La podrán robar.



—Tranquila —Telma sigue fría como un tanque militar. Ahora toma mi cámara y la mete a su bolso.

—Tengo sed.

“Tengo sed”, dice Telma.

—Bien, vamos a beber algo.

—Tengo hambre también. Paremos un poco.

—Bien. Caminemos para encontrar algo que pueda comerse en este lugar.

B

Esto es Kabul y caminamos por la vía del Rasham Van. Niños, piedras, tanques y, bajo los tanques, cenizas y junto a mí, Telma. Fría. Temblando.

—Habla. Di algo.

—Mira, ahí hay un hotel.

—El hotel no es barato.

—El hotel es bueno, pero no es barato. Y no hay suficientes monedas para pagarlo. Vámonos de aquí, ya habrá otros.

—Ya habrá otros hoteles que podamos pagar que además sean baratos.

—Ya habrá suficientes hoteles que podamos pagar antes que sean bombardeados por los ingleses.



—Go, no hagas esas bromas aquí.

Llegamos hasta la esquina.

—Aquí todo es mejor.

—Aquí todo es más rápido.

—Hemos conseguido un par de bolsas de goma por cincuenta dólares. ¿Estás feliz, nena?

Bueno, eso ha puesto a Telma feliz y ahora recupera la temperatura.

—Ten los cincuenta dólares. ¿Es buena? Pareciera que sí. Déjame llevarla a mí, la pondré en el fondo del bolso junto a la cámara. Bien. tomemos un autobús hasta el centro.

—No sé cuál es la ruta que hay que tomar. Vayamos mejor caminando. —
Caminamos por más de una hora.

—Mira ahí, Go. Ese hombre renta cuartos.

—Ese hombre ha dicho que nos ofrece hospedaje en algún lugar, que el hospedaje es barato. No sé si sea bueno creerle.

—¿Quieres quedarte aquí?



Entramos. Hay sólo una cama y dos vasijas: una con agua y otra vacía. Lo tenemos todo.

—Cuatro mil afganis la noche. No es mal precio.

Telma comienza a desnudarse y, ahora, todo es mejor para mí.

—Fumemos.

Y fumamos.

Afganistán nos recibe bien y la heroína hace ahora que se detenga el mundo. La primera noche la hemos celebrado rendidos, apoyando la cabeza sobre las vasijas, escuchando pequeñas detonaciones sonar a lo lejos sin importarnos demasiado. Ahora Telma dice:

—Quiero salir.

—¿Qué?

—Son apenas las diez. Quiero salir un poco.

—¿A dónde?

—A caminar Kabul. A ver los aviones caer.

—Son las doce, Telma. No las diez.

—Ven a la ventana. Mira ese avión, parece que lo han derribado.



—¿Cuál?

—Ese que está aterrizando.

II. Bubabá

A

12:23 am, aterrizo en Kabul.

Una basura con turbante me habla en inglés.

Aquí está el pasaporte,

soy yo el de la foto,

pueden verlo.

Y ahora necesito el documento de vuelta;

no es falso y ha costado suficiente.

Karol, un español, me recibe.

Karol será mi guía y mi traductor.

Hablamos lo mismo,

sabemos qué quiere decir:

“Vete a la mierda, socio, deja que trabaje

tranquilo en este lugar”.



B

—¿Traes valija?

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—Bien, ven conmigo.

Salimos de ahí y, en el estacionamiento, está la moto. Una Honda 87, tipo *naket* color negro.

—¿Cómo te llamas?

—Viejo, me ha gustado tu *naket*. ¿Puedo conducir?

—No.

C

La moto se estaciona frente a una vecindad,
una vecindad que parece recién
salida del mismo infierno.

“Aquí es Murrad Jani”,
dice el español.

“¿A dónde vas?”.



El español se baja de la naket.
El español se quedará ahí dentro
32 minutos antes de salir
y largarnos de aquí,
así que espero: cinco,
diez minutos.
«Aquí habremos de pasarla bien»,
Pienso.

No volveré a bajar de la moto,
eso es claro.

Quince minutos más.

Sé lo que tengo que hacer;
sé cuál es mi trabajo.
No estoy armado y siento que,
en cualquier momento,
me llega una bala desde el lugar
más oscuro de este muladar.

Ahora son ya los treinta y dos minutos
y aquí está el español de vuelta,
como lo ha prometido.



“¿Qué es esto?”.

“Tocino”,

el español ha dicho “tocino”.

III. Telma y Go no ven los aviones caer

La que habla es Telma.

—Vámonos de aquí. No quiero seguir viendo aviones que no caen derribados por las bombas.

—Vámonos de aquí —digo yo; ahora podría ir a cualquier sitio en cualquier momento cuando ella lo decida—. ¿Qué has dicho, Telma?

—Quiero irme de aquí.

—Yo también quiero irme de aquí —ahora estamos de acuerdo; ella tiene veintisiete años y casi todo le parece simple.

Bajamos de la azotea del edificio donde hay un espectacular que anuncia sopa *Marushan* en Afganistán. Ella ha venido tropezando. “Cuando estamos de acuerdo, todo es peor”, dice y tropieza. Está colocada.

—Todo es peor. Deja la cámara y caminemos.



“Te robarán la cámara”, dice. La dejo y caminamos fuera del hotel.

—No quisiera alejarme demasiado.

Telma no quisiera alejarse demasiado. Estoy de acuerdo y ahora todo es más oscuro: motocicletas y autos pasan de prisa. Los soldados se mantienen despiertos. La gente mira que tenemos miedo. La gente sabe que es nuestra primera noche en este lugar. La gente sabe que hemos llegado sin conocer a nadie y eso comienza a importarnos cada vez más. La gente sabe que vendimos el auto, la cama y el perro para venir acá. Sabe que apenas logramos comprar dos boletos de avión, reunir algo para comer Samboosak y meternos caballo un mes. Filmar a los soldados, a los niños que les lanzan piedras y volver a México con un paquete sembrado en algún sitio del cuerpo para superar el *jet lag*.

—Deja de reírte así, la gente sabrá que estás colocada.

—Go, todos están colocados.

“Todos están colocados”, dice Telma.

—Pero quizá la diferencia es que todos están colocados sabiendo a dónde van.

—¡Go, no avances tan rápido! Paremos un poco, por favor. Necesito aire.



La gente sabe que Telma y yo no sabemos a dónde ir. Sabe que ahora estamos perdidos y a ella se le ha pasado un poco la dosis. Sabe que no nos quedaremos mucho tiempo en este lugar. Que no soportaremos el calor del desierto. Sabe que llegaremos a esa esquina y Telma comenzará a gritar.

—Vámonos de aquí.

Telma, en este momento, grita.

—Sí. Vámonos de aquí.

Telma, en este momento, se encuentra frente a los restos de su primer hombre muerto en Kabul.

IV. Bubabá llega a la suite

A

—Aquí es.

Estamos en el refugio al que dentro de algunos días le llamaré *La suite*. Nos sentamos sobre la alfombra, fumamos tocino, que es el hachís afgano, y nos



hacemos amigos. No hay cama. No hay aire. No hay mundo. No hay nada en la superficie. Bajo nosotros, en este hueco detrás de la alfombra, veinte kilos de goma empaquetada duermen.

—Mañana comienzas.

—Dame el arma.

—La dejé en la naket.

—Ve por ella. No quiero dormir solo —le digo.

B

El pueblo de Kabul respira.

Voy de un lado a otro

y, finalmente, tengo el arma entre las piernas.

Me apunto con ella ahora.

La cargo,

la hago girar en mis manos.

Me gusta el lugar,

es incoloro.

Es como una suite desecha

por una bomba.



Ahora amanece y tocan la puerta:
es Karol.

C

—Vístete. ¿Qué haces así?

—Sobrevivo al puto calor, amigo.

—Toma la maleta y ponte algo.

Subimos a la moto. Karol enciende el primero del día.

—Mataron a dos de los nuestros ayer, tenemos que doblar el turno.

—Bien. El día comienza.

—Joder, ¿no has usado camisa?

—No.

—Eres un *bubabá*.

—¿Qué?

—Hombres que se desvisten en público para niñas con pito que aplauden.

—¿Dices que soy un marica?

—Digo que eso no agrada a los musulmanes.



Bubabá/ 8:12 horas:

¿A dónde vamos?

Karol/ 8:13 horas:

Llegaremos a un sector que controla la insurgencia. ¿Sabes de qué te hablo?

Bueno, tendrás que andar con cuidado o ya lo sabrás.

Bubabá/ 8:15 horas:

¿Qué haces?

Karol/ 8:18 horas:

Estoy colocado. Conduce tú.

Bubabá/ 8:30 horas:

Acelero. Karol se balancea de un lado a otro. Parece a ratos que no logra sostenerse. No sé la dirección ni el sentido de las calles. Trato de hacerlo reaccionar golpeándole la cara con el hombro para impedir que se duerma. Llegamos al sitio donde nos esperan las mulas para entrar al aeropuerto con la mercancía dentro y llevarla hasta Moscú, de donde finalmente llegará, antes de la semana próxima, a Tijuana.



Karol/ 9:52 horas:

Aquí es. Detén la moto. ¿Ves a los dos hombres de allá? Bien, pues sujeta el arma y no dejes que el negro se acerque demasiado. Yo haré la entrega. ¿Entiendes? Cuando dé la vuelta, encenderás la moto y me recogerás detrás del muro. Que no te importen demasiado los guardias. Trabajan para nosotros.

Bubabá/ 10:05 horas:

Ahora ha quedado listo. Entregamos la mercancía. Le pago a cada uno y le digo al estúpido de Karol que si quiere trabajar conmigo no puede seguir colocándose más, porque la moto se arruinará. Sin embargo, no hay demasiados estúpidos en el mundo dispuestos a obedecer.

V. Telma y Go miran por la ventana del hotel

A

—¿Qué pasó ayer? Un cuarto de hotel y tres hematomas bellos. Uno en mi boca, otro en mi cuello y otro en mi frente. ¿Cuál es el origen de estos golpes, Gonzalo? ¿Cómo fue que llegaron hasta aquí?

—¿Olvidaste todo? Eres una mierda sin memoria, todo lo olvidas. ¿Qué hora es?

—No lo sé.

—¿Ves?



—Ahora no pienso en el tiempo. No pienso en ti. No pienso en nosotros. ¿Cómo llegaron los golpes?

—Lo grabé. Mira.

—No. ¿Qué haces? ¡Quítalo!

—No. Mira lo que haces cuando no sabes lo que haces.

—No me gusta verme nunca. Lo odio.

—Ve el video.

—Ésa no soy yo. ¿Estabas quemando la sábana, terrorista?

—Terroristas tus ojos, tus manos. Ven, vamos a la cama, todavía queda un poco de la dosis de ayer.

—Me estás haciendo recordar que alguna vez escribía.

—Ten.

—No. Me quiero inyectar, cariño.

—Sujeta la cámara. Voy por una aguja.

B

Lo que Telma dijo en la grabación

Hola. En este fragmento de la habitación,
sólo somos tú y yo.

No hay mundo, ¿entendido? Bien.

¿Puedo meterme a la regadera con ropa?

Ya estoy acá,



grábame dentro del baño así.

El agua sale muy poco;

éste es el desierto.

Estoy inmóvil y resbalo.

Cuidado la cámara se moja.

Me sangré, ¿ves la sangre?

¿Me ves dividida en dos partes?

Voy a sonreír aun con la sangre en la boca.

¿Me veo bien?

Ahora ven y siéntate junto a mí,

voy a poner mis dedos dentro de tu boca

para sacarte las palabras una a una:

“mañana”, “iremos”, “al mar”.

¿Qué quieres decir con “el mar”, Gonzalo Miguel?

¿Quieres decir “colocarse”?

¿Quieres decir ir a colocarse como quien va a meterse al mar?

¡Pues a la mierda con tus metáforas!

A la mierda con tu manera de callar,

preferiría me dijeras las cosas sin tanta poesía.



Tú no eres escritor,

¿o sí?

No, no lo eres.

Como castigo, te haré el amor tres días.

¿Quieres venir a la ventana conmigo?

Me volví a golpear.

Ya, por favor, deja de grabar.

C

—Hagamos el amor mientras vemos cosas. Mira cómo es perseguido ese hombre.

—Mira cómo derrapa ese auto.

—Mira cómo esas mujeres van cubiertas con esos velos hasta los pies.

—Mira cómo ese militar se detiene a tomar un descanso y también nos mira.

—Mira cómo niego mi presente. Mira cómo escribo “Hoy no” en este muro. Hoy no. Hoy no, Bangkok; hoy no, Kabul; hoy no, New York.

—Mira cómo te haré un hijo y lo venderé por goma.

—Mira cómo me he quedado suspendida. Suspendida y fría. Busca algo. Ve, amor. Hay dinero en la mesita. Quisiera quedarme sola un momento. Escribiré un poema.



VI. Bubabá, “El que va desnudo”, y Karol, “El español”: testimonios

A. Karol habla sobre la naket 87

La motocicleta es negra. Naket, marca Honda, fabricada en Japón. Dentro de dos días, el mexicano me la ganará en una apuesta. La naket tiene dos golpes aquí. Un golpe fue por ir a dar contra un auto el invierno pasado y el otro por pedirle a Bubabá que condujera. Bubabá perdió el equilibrio y fue a dar frente a un muro, pero se detuvo a tiempo. En el muro, estaba escrita la frase: “Hoy no”. Bubabá leyó la frase en el muro y dijo: “Eso es español. ¿Habrán más mexicanos por aquí?”. “Ojalá no”, contesté yo conduciendo.

B. Bubabá sobre la naket desnudo

Tengo la naket conmigo. Eso es bueno. Me gusta salir montado en una máquina de dos llantas que ande de prisa. La he traído hasta el refugio. La monto desnudo. Karol me ha dado un celular y la fotografió conmigo. A veces, para escucharla respirar, la enciendo. Es la primera mierda de Oriente que me ha hecho feliz. Mañana, con ella, entrego nueve kilos de opio cerca de la frontera con Irán. Me ha dicho Karol que ahí casi no quedan casas con techo, por los bombardeos. Que los chicos andan desnudos como yo, fumando *chinos* con sus padres, y los abuelos con sus padres y sus cabras. En ocasiones, para sentir cómo vibra el motor, me subo a ella y, sin andar, acelero hasta que acaba el combustible. Las motos no



gastan mucho combustible. Y, aunque así fuera, aquí el combustible, como el opio, es una de las mierdas que sobran.

C. Karol habla sobre Bubabá antes de ser asesinado

Bubabá llegó de México a Afganistán el 3 de agosto de 2010. Aterrizó en el aeropuerto de Kabul, donde yo llevaba esperándolo más de tres horas. Era verano, que aquí es sinónimo de infierno. Bubabá ha llegado a este país a traficar heroína para enviarla a México en vuelos comerciales, donde las mulas las transportan dentro o fuera del cuerpo. Bubabá es enviado por un cártel mexicano que le pagará, al término de tres meses, cinco mil dólares, con los que Bubabá planea volver a su país, comprarse una motocicleta y, luego, tal como lo ha dicho, irse a ahogar al mar.

VII. Balada de Alá: primer texto escrito por Telma en Afganistán

Telma está desnuda. Va de un lado a otro porque no hemos terminado hoy con las reservas. Escribe desnuda. En las manos, lleva una hoja y en la hoja lleva un escrito que está leyendo ahora, sin importarle demasiado si la escucho o prefiero ir a la ventana para encender un poco de caballo y reír como fingiendo escucharla. Es una escritora que escribe mientras camina desnuda, creyendo que así llega más fácil la inspiración.



—Lee algo para mí, cocodrilo:

—Sí. Se llama “Balada de Alá: mi hermoso día en Kabul”.

—A ver...

—La primera parte es sobre ti, dice:

Ahí está él, parado en la ventana.

Me ve caminar,

me ve cómo me muevo con los ojos abiertos,

me ve cómo me detengo.

Pienso que busco inspiración,

pero en realidad pienso en los motivos

que han llevado a concebir esta guerra.

Regreso a la ventana.

Nos hemos acostumbrado a ser los ignorantes del mundo.

Ignoramos cómo el tiempo ha pasado tan rápido desde

que llegamos aquí.

Ignoramos cómo nos arrestaron ayer si sólo caminábamos

viendo los autos.

Ignoramos cómo regresaremos a México si llevamos

gastado más del dinero que se había contemplado.



*Así es mi día hermoso en Kabul,
y hay moscas.*

—¿Quieres saber por qué nunca te llamé por tu nombre? Porque *Telma* me suena a *Telmex*.

—Estúpido. Sigo:

*Kabul, centro partido por la guerra en Afganistán;
cuna de cabezas
y unicornios desmembrados.*

*En un botecito, se guarda la ira
y la ira en los botecitos se almacena como
las heridas de guerra que vendrán.*

*Ellos no han venido aquí por la vida eterna,
ellos han venido aquí por el tiempo presente,
por el tiempo de hoy,
pero hoy no ha dicho el tiempo de hoy.
Hoy no.*

—Oye, me dijeron de un mexicano que vende goma por aquí.



—Sí. ¿Quién?

—Un tal Bubabá.

VIII. La suite y el encuentro de Telma, Go y Bubabá

A

La suite comienza a cuartearse. Hoy vi cómo las hormigas atravesaban el muro. Llegaban del desierto, llevando pequeños fragmentos de sal que acumulaban en la esquina, para intentar hacer un nido o una de esas mierdas donde las hormigas duermen o planean acabar con el mundo. Han pasado más de tres horas y Karol no vuelve. Karol, hijo de puta, quedó de estar aquí hace más de tres horas, luego de reunirse con esos parásitos de turbante blanco. Pasan quince minutos, treinta, una hora, diez. Apago el foco. Estoy sudando. Estoy desnudo y una hormiga afgana me ha picado en este dedo. Eso ha dolido más que un balazo en el pie. Tocan. Ahora tocan. No abriré.

B

—Vive cerca de aquí.

—¿Quién te lo dijo?

—Sube a este camión.

—¿Quién?



—El niño que nos vendió la última vez.

—¿Es mexicano?

—Me dijo que sí. Aquí es. Baja del camión. Ven, es por ahí.

—¿Dónde?

—Aquí, en esa puerta. Toca.

—¿Es ahí?

—Sí. Toca.

—Nadie abre.

—Vuelve a tocar.

—Vámonos de aquí.

—Bien. Comamos algo.

—¿Qué?

—No sé, cualquier cosa.

—¿Eso?

—Eso.

—¿Cuánto cuesta? ¿Cuánto? —El hombre no entiende.

—Cuesta 20 afganis. Ahí está el precio. Come.

—Es horrible.

—Tíralo entonces.

—Ya lo hice.

—Bien. Volvamos. Toca otra vez.

—Nada.



—Podemos volver mañana.

—¿Qué? Toca más. Estoy frío.

C

Tocan la puerta. Siguen tocando. No es Karol. Sé que no es Karol. Ahora han dejado de insistir. Abro la puerta y ahí hay un árabe que dice en inglés que Karol está frito. Que lo mataron ayer cuando regresaba del aeropuerto, luego de dejar mercancía. Me ha enseñado una foto del periódico donde aparece y no en su mejor momento. ¿A dónde voy? Karol me ha dejado a cargo de las entregas diarias. Tengo ocho dólares en la bolsa. Un hombre turco se quedará a cargo de mis comisiones, ha dicho el árabe. Dos africanos se encargarán de transportar el material donde mejor les quepa: detrás de los ojos, entre el hígado y los riñones. No es algo que me importe. Ahora sólo quedamos la naket y yo. Finalmente, sé que el español estaba muerto, por eso no venía. Ahora me voy de aquí yo también.

D

—Insiste.

—No hay nadie.

—Me dijeron que lo vieron entrar. Trae una moto. ¿Por qué escribes eso en la puerta?

—¿Qué?



—“Hoy no”.

—Lo escribo en cualquier lado. Es un empoderamiento femenino.

—¿Un qué?

—Un empoderamiento. Una negación del presente.

—No mames. ¿Por qué no dejas un mensaje normal, escrito en un papel? Un mensaje típico que pueda entenderse y se lo metes debajo de la puerta.

—Ok. Ya.

—Déjalo ahí.

—Vámonos.

—Oye...

—¿Qué?

—Mátame.

—¿Qué dices?

—Perdí la bolsa.

—¿Qué?

—Con la cámara y los pasaportes. La olvide en el camión.

—¡No!

—Merezco lo peor.

—No puedo creerlo.

—Vamos a buscarla.

—La cámara no aparecerá. Quizá los pasaportes...

—Idiota.



—¿Cómo fue que la olvidaste?

—No sé, no sé. Iba tensa, todo fue muy rápido.

—¿Cómo vamos a salir de aquí si no encontramos los pasaportes?

—No sé. Tal vez, en unos días, alguien podrá devolverlos.

—¡Esto es Afganistán, no Islandia!

—Metámonos una dosis, anda, para pensar mejor las cosas.

—Ya no hay dosis. Para ti, no habrá dosis ya. Quiero que busques en todos los camiones de la ciudad.

—Vamos al hotel y volvamos mañana.

—No.

—Por Maiwan venden también algo de goma.

—¿Éste es tu estúpido día hermoso en Kabul?

—Mira, Go...

—¿Qué pasa?

—Están echando abajo la puerta.

E

Tiré la puerta con la motocicleta. Sudaba. Las paredes de la suite se desmoronaban. Había entregado ya toda la mercancía y ahora sólo podía fumar yendo de un lado a otro de las paredes. Tomé la naket y salí de ahí. La suite se vuelve un horno por la tarde y no pienso volver, a menos que se abra una ventana. Luego, al salir, estaban ellos. Pálidos, sudando frío.



—Soy Telma. Él es Gonzalo. ¿Tienes algo?

—No.

—¿Eres Bubabá?

—¿Tengo que decírtelo?

—No, bueno...

—¿De dónde vienen?

—De México.

—Eso me queda claro. ¿De qué sector?

—Nos hospedamos en el centro.

—Tienen que salir antes de las siete de aquí o los matan. ¿Está claro?

—Sí.

— ¿Cuánto quieren?

—Dos bolsas.

—¿Tienen dólares?

—No. Afganis.

—Es en dólares.

Bubabá escupe mientras habla. Detesto a la gente que lo hace. Siento detestar ya al supuesto Bubabá. No parece mexicano. Parece gringo. Parece exmilitar.

—No, no tenemos dólares.

—¿Ustedes dejaron el recado? ¿Este recado?



—Sí.

—¿Quién es la poeta?

—Yo.

—¿Tú eres la que escribe “Hoy no” en todas las bardas de Kabul?

—Yo y él.

—¿Qué significa?

Dos hombres se acercan; al parecer, extranjeros. Hablan por un radio. Uno es negro y el otro aún más negro. Llegan donde está Bubabá. Están armados. Se comunican con él en inglés. El peor que yo haya escuchado. Sólo pienso en tres miligramos de dosis. ¿Ya? Bubabá se va con ellos. Pide que lo esperemos, pero no quiero estar aquí. Se lo digo a Go, pero Go ha sentido simpatía por él, quizá porque sabe que, al volver, una bolsa de goma podrá terminar en sus manos. Ahora ya pasaron 32 minutos desde que se fue.

—¿Qué pasa?

—Quiero irme.

—Mira detrás de ti.

Y, detrás, Bubabá volvía empujando una vieja motocicleta. Una vieja motocicleta sobre la cual había un paquete encintado de aproximadamente diez kilogramos de



goma, que me hacían recuperar el pulso. Entonces, pronunció las mejores tres palabras que hayamos escuchado hasta entonces:

—Yo invito, cabrones.

F

No salimos en dos días. Telma quedó tirada, inservible. Gonzalo, de vez en cuando, decía algo de una cámara perdida y retomaba el sueño. Con el caballo, nadie habla, no se dicen estupideces, así que todo estaba listo para ser amigos. De pronto, Telma resucitaba en pequeños espasmos y Go le pedía silencio. Ahora Telma y Go ganaban un vendedor confiable con el que, por lo menos, podían hablar en español y yo ganaba un poco de mi país en ellos.

—¿Buba, puedes venir?

Al día siguiente, cuando pudieron despertar, me pidieron quedarse. Saben que conmigo siempre tendrán su dosis diaria. ¿Desde hoy?

—Tenemos las maletas en la pensión.

—Sin maletas. Sin nada. Y sólo una semana.

—Promesa.



A las pocas horas, volvieron sólo con ropa distinta, pero se quedaron un año y cuatro meses. Los mexicanos nunca cumplen promesas. Le pregunté a Telma si estaba dispuesta a acostarse conmigo por un poco de caballo cuando acabaran con el poco dinero que les quedaba. Telma comenzó a reír. En verdad, era hermosa. Pequeña, tatuada, adicta, queriendo ser poeta.

—Puede.

—No era una broma.

—¿Ah, no?

—Hoy no.

IX. Telma habla de sus razones para escribir “Hoy no” en las paredes de Kabul

La *N* es la catorceava letra del abecedario y la *O*, la dieciseisava. Juntas hacen “No”. Juntas hacen que se detenga el mundo. No hay presente. No hay hoy. Este tiempo terminó. “Hoy no”. No vivas si no quieres hoy, no mates si no quieres hoy, no te acuestes con cualquiera, no vayas a tu estúpida escuela, no limpies tu cara, no cepilles tu cabello, no rompas la cara de tus hijos, si no quieres hoy. Decide. Es tu derecho a decir que no. Di no. Di sí al no y vete al carajo, hermano, yo no creo



en ti ni en el hoy, ni en el sí. “Hoy no”, como dijo Bubabá antes de que me terminara acostando más de medio año con él por caballo.

X. El marine frente a Telma, Go y Bubabá

Telma y Gonzalo son adictos al *rush*. Telma es escritora. Tiene 27. Gonzalo tiene 29. Gonzalo no hace mucho por creer en algo; tampoco Telma. Gonzalo y Telma viven en una ciudad al centro del país. Telma lo hace sola en un pequeño apartamento y Gonzalo en casa de sus padres que tienen suficiente dinero como para comprar la felicidad de un hijo. Telma tiene el mejor trasero que una mexicana haya traído a Oriente Medio. Gonzalo lo sabe. Gonzalo lo sabe, pero cuando se inyecta lo olvida, como el resto de las cosas que es necesario recordar. Telma y Gonzalo se inyectan heroína desde hace dos años. Telma y Gonzalo han sabido que, en Afganistán, se produce el 95 % de la heroína que consume el mundo, lo cual le arroja un aproximado de 2630 millones de dólares al año. Telma y Gonzalo han sabido que, en Afganistán, la heroína es barata y se encuentra en cualquier esquina. Telma y Gonzalo han comprendido entonces que, en Afganistán, pueden ser felices. Bien, ahora llega Bubabá.

—¿Qué quieres?

—Quedarme en la suite.



SEGUNDA ESTACIÓN

La de la llegada del marine/ La del cielo de la primera infancia/ La de los gritos de la gente que han visto morir/ La de los dromedarios a los que prendieron fuego/ La de la forma en que ellos dan uso a sus cuerpos y las razones con que alimentaron esos cuerpos.



I. Apuntes sobre lo que dijo el marine para poder quedarse en la suite

A

El 23 de octubre llegamos a Afganistán
sin saber, en realidad,
a dónde llegábamos.

No había nada, nadie nos esperaba,
las órdenes eran muy claras:
disparar contra toda sospecha
de terrorismo.

Nos instalamos en poblados
cercanos a la ciudad de Kabul,
donde todo es desértico, vacío, inservible.

Éramos veintitrés soldados en mi división,
la mayoría muy jóvenes,
la mayoría sin imaginar
a lo que vendría.



B

Me lanzaron una piedra que
me lastimó el ojo,
a una semana de haber llegado.
Fue un niño que al poco tiempo
mató uno de mis compañeros.

“No era necesario”, le dije,
pero no había nada que hacer.

Traté de conservar el ojo, pero fue imposible.

En la estación de salud cercana,
me lo extrajeron y, en su lugar,
me pidieron usar el parche.

Y, así, con un solo ojo,
pude sortear algunos ataques
hasta que comenzó a fallarme el otro.

C

Junto a nuestro campamento, sobrevive
una pequeña comunidad de acianos que fuman goma,
cubiertos por un letrero baleado de *Coca cola*.



Esos imbéciles se fumarían los ojos

si pudieran...

se fumarían los ojos.

Les llevaré mi ojo.

D

Ahora todo acabó y he salido huyendo

con las manos vacías y algunos muertos,

la mayoría inocentes.

Más allá no tengo nada,

no tengo a nadie en esta ciudad,

y los niños afganos, en cuanto

me ven, aunque no lleve el uniforme,

me reconocen y comienzan a lanzarme piedras.

Supe de Bubabá, que se le conoce por

el *Mexicano*, pero nosotros no lo buscamos.

Su actividad no representa, para nosotros,

una amenaza, no tiene sentido explicar por qué.



II. Llegada del marine a la suite

—Éste es Luis. No tiene ojo.

—Es un marine.

—Es un marine, pero es mexicano como ustedes dos.

—¿Les importa?

—Nos importa poco.

—A mí sí me importa. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sabía de Buba desde hace tiempo, sabía que era mexicano. Le pedí quedarme.

—¿Tu sitio no está en los campamentos?

—Ya no.

—¿No está en matar a los niños que les lanzan piedras a sus tanques?

—Él ha dicho que puedo quedarme.

—Ahora seremos cuatro en esta suite presidencial.

—¿Qué pasó contigo en realidad?

—Eso.

—¿Qué pasó con el marine, Bubabá?

—Ya les contará.

—Que nos cuente ahora.

—¿Escuchaste?

—No diré nada.

—Bien, entonces yo salgo de aquí.

—¿Telma?



—Está colocada. Ve por ella.

III. Telma corre por la calle detrás de un auto

—Vine aquí solamente por ti, por el opio, por la ventana. No me quedaré ahí con un marine dentro.

—Para. ¿Qué haces? Deja de golpear el auto.

—Los militares pasan y nos saludan. Salúdalos, Go. Diles “hola”. Hola, cabeza; hola, niños muertos; hola, explosión de hoy que has matado 27 civiles que por ahí pasaban; hola, suicidas; hola, marines. ¿Han venido a alegrarnos el día con sus luces? ¿Con sus fuegos pirotécnicos? Hagan volar mi casa, pero no me dejen sin goma, por favor.

—Cállate.

—Son las 23 horas en Afganistán y la heroína pura sale de los hornos en los suburbios de Kandahar. ¿Quieres venir conmigo?

—Quédate ahí.

—Uno, dos, tres. Golpéame más.

—Ven, vamos de regreso al refugio.

—No me quedaré ahí con un soldado que asesina niños. No me quedaré.

—Entonces, ¿qué harás?



—Me quedaré aquí, saludando y tirando piedras a los tanques y a los niños que tiran piedras a los tanques.

IV. Dromedarios

Ahí está el marine junto a Buba, beben café y Telma ha accedido finalmente a entrar.

—Los soldados americanos se divierten matando dromedarios por el desierto. ¿Sabían eso? Se ha vuelto, más que un pasatiempo, un deporte para ellos. Lo que interesa ahí no es dar muerte al animal, es hacer que el jinete caiga. Nos divertíamos así algunas tardes.

—¿Por qué estás aquí, marine?

—No lo sé.

—El marine es mexicano, pero está naturalizado gringo, enlistado en el ejército de los Estados Unidos.

—Pues no lo queremos tener aquí.

—Venimos a matar terroristas, sólo eso.

—¡Basura! Vienen a matar gente inocente también.

—¿A qué viene el marine, Buba?

—No me digan “el marine”.

—Sí. Así te diremos. Así te diremos si quieres quedarte.



—¿A qué viniste, marine?

—A seis kilómetros de aquí, en los laboratorios clandestinos de los Muyahidín, se fabrican bombas caseras, combustible y suficiente heroína para seguir despiertos un mes. Lo han visto. Esos bastardos se mueven por debajo de la tierra, en todo momento, saben dónde estás, qué haces, a dónde vas. Vinimos por ellos.

—El marine no debería quedarse aquí, Buba. Es un espía.

—Ahora me buscan.

—No podrá quedarse.

—Será solamente una semana.

—Nos compromete a todos tenerlo aquí.

—Sabe cuál es el negocio. Sabe lo que se guarda bajo la suite y necesita información de los de tu tipo.

—Les diré lo que necesitan saber. Y cuidaré el negocio.

—No, no lo harás.

—Me quedaré sentado aquí a cuidar de la puerta. No diré nada que no se me pregunte. No miraré a la chica, estaré ocupado en vigilar la puerta, ya lo dije. Tengan. Ahí hay dinero que alcanza para comer un mes.

—¿Estás armado?

—Sí.

—Entrégame el arma.

—Aquí está.

—Ok. Gonzalo, cuenta el dinero.



—El marine debería largarse de aquí, Buba. Nos traicionará.

—Yo decido quién se queda y quién se va. Sigue contando.

—Son mil doscientos dólares.

—Bien, eso alcanza para que el marine se pueda quedar.

V. El club del exilio

A

Es martes. Es un martes lindo del mes de octubre. No sé qué martes. No hemos salido en tres días. Los negocios con Buba no van bien, pero hay suficiente dosis para mí. Ahora sólo juega cartas con el marine, y si gana, el premio es introducir su dedo en el hueco del ojo que ahora lleva expuesto. Han comenzado a beber y eso arruina un poco las cosas. Fuman y beben; no paran de reír. No existe un momento de calma durante el día en la suite. Tocan la puerta. Es Go.

—¿Qué han hecho?

—Esperar. Buba ha dicho que mis ojos son dos amapolas. ¿No es bello?

—¿Y esa mierda?

—Buba la ha dicho.

—¿Y por eso te sueltas las tetas?

—No. Me suelto las tetas por que hoy comienzo a inyectarme ahí.



Go va hasta Telma y de un golpe la deja inconsciente. Lo sujeto llevándolo hasta el piso, presionándolo del cuello. Go ha comenzado a dejar de respirar y eso le trae problemas. Saco el arma, apunto a su cabeza y les digo:

—Dividiremos las áreas con tiza. Este espacio para Telma y Gonzalo. Éste para mí. Al marine le tocará aquí. Y ésta será el área donde quedará la naket, será sólo la que podremos compartir. Así se formaron las ciudades, los países, así se dividió el mundo. Ahora vayan a la mierda y que nadie salga de su sitio o entraremos en guerra.

Al poco rato, todos vuelven en sí y desayunamos en el sector compartido.

—Buenos días, club del exilio.

—Buenos días.

—¿Quién es quién?

—¿Hay algo de comer?

—¿Quién es Telma?

—La más junkie de Kabul.

—Nadie aquí es Telma.

—Espera. No duermas en la mesa.



B

Telma desfallece. Ahora ha comenzado a lucir más blanca de lo normal. Nos gustaba, a Telma y a mí, ir de vacaciones a los espectaculares de los edificios de Kabul, donde todo se ve. Bla, bla, bla y hablar. Hablar por horas, sin decir nada. Pensábamos que, si en México nos mataban, aquí estaríamos a salvo.

—Que alguien lleve a Telma a la cama de su palacio. Parece que se sofoca.

—Sigues arruinándolo todo. Buba, esta vez, nos correrá. Necesito un cigarro.

—Apágalo.

—¿Por qué? El marine también fuma. La pasa fumando.

—El marine, por lo menos, no habla.

—El espacio cada vez es más pequeño. Buba, deberías sacar la moto y encadenarla afuera.

—No lo haré. Ahora ocúpate de ella o la sacaré de aquí.

—Buba está enfadado y ha dicho que ya no venderá más goma. Eso nos obligará a salir de aquí pronto. ¿Telma? ¿Nena, estás ahí?

C

—Es jueves. La suite ha quedado hecha una mierda de humo, cenizas y jeringas por todos lados. Han pasado veintitrés días y este club del exilio es imposible ya de vivir. Tienen que irse.



—Bien. Nos vamos esta noche.

—Quiero vivir solo otra vez.

—Me iré esta noche también.

—Bueno, al diablo.

—Adiós, Buba.

—Adiós.

—Nos veremos en México.

—Ojalá no.

VI. El paso del calendario con el club del exilio fuera de la suite

4 de octubre de 2010

Se fueron. Pasé la noche en silencio, recorriendo todos los sectores de la suite. La suite siempre ha tenido necesidad de una ventana. Tomo la pistola y descargo el cartucho sobre el muro. Ahí hay un hueco. Un pequeño hueco parecido a una ventana. No. Una pequeña ventana parecida a un hueco. Ahora tenemos una ventana. Tal vez todo lo que necesitábamos era respirar un poco de aire.

7 de octubre de 2010

Caminamos hacia la frontera con Tayikistán. Aquí hay una comunidad llena de familias que buscan entre la basura algo qué fumar. “El paraíso perfecto”, dice



Telma. Alá se ha olvidado de ellos y quién sabe dónde se encuentre ahora haciendo cuentas de defunciones por hambre, asesinato y sobredosis. La guerra es por él y la guerra por él no acaba. Será mejor que venga a decir que no existe. Será mejor que venga a terminar con todo esto. Me detengo. Enciendo un cigarrillo junto a un niño que me pide algo de comida, pero lo único que tengo para él, es ceniza.

13 de octubre de 2010

No he salido de aquí como hacía el marine. Me han llamado al teléfono y he dicho que la moto está descompuesta. Voy a la ventana y ahí está el mundo, mirando como un retardado mental. Me alejo y escupo. La ventana me ha servido para intentar escupir ahí dentro en la distancia. Es una buena forma de perder el tiempo sin salir de casa. Ahora los mexicanos deben estar tirados en algún refugio de Kabul fumándose los dedos y el marine dentro de una alcantarilla entendiéndose con ratas. Este estúpido país, que hicimos aquí desde el exilio, no pudo funcionar, como pasó con el otro. Escupo otra vez y camino. Los extraño. Extraño a esas tres mierdas. Más a ella. Escupo y pienso que será necesario arreglar la moto y salir a morir a otro lugar.

18 de octubre de 2010

Encontré refugio al interior de un bar donde beben viejos afganos. Aquí no entra el ejército, me han dicho. Hay suficiente con soportar a los viejos. Así que limpio los



vasos donde ellos beben y las letrinas donde mean lo que beben. Me quedo dormido bajo una mesa, sin hablar. El bar se llama *Abibullah*, que en pastún quiere decir: “Soy de cualquier lugar”.

21 de octubre de 2010

He vuelto, luego de cinco horas, a la suite. Un camino de heroína en polvo transita por el piso hasta el muro. Las hormigas han aprovechado el hueco de la ventana para entrar y llegar hasta la trampilla de la mercancía. Son millones. Comienzo a pisarlas y cierro el estúpido hueco.

29 de octubre de 2010

—Me dijeron de un lugar donde la amapola es más barata y la goma se encuentra por debajo de la mitad del precio. Un afgano me llevará, habla inglés.

—Vamos.

—No. Hay que pagar transporte y el dinero no es mucho. Te veré en la plaza en una o dos horas.

—Quiero ir contigo.

—No, no quieres ir conmigo. Quieres encontrar la dosis más rápido y no esperar hasta que vuelva.

—No, tú quieres encontrar la dosis y usarla toda antes de que vuelvas conmigo y tome mi parte.



—Bueno, entonces cada quien puede ir al carajo a conseguir lo suyo. Ahí está tu parte del dinero.

—Falta. ¿Dónde está el resto?

6 de noviembre de 2010

Las hormigas se han vuelto adictas. Lo sé porque, al abrir la puerta, se congregan en ejecitos queriendo entrar. El caso de las hormigas me hizo recordar a Telma esperando que yo volviera para inyectarse los pechos. No podré seguir guardando mercancía en este lugar. Cualquier día me voy y las hormigas acaban con todo. Son una plaga y, bajo el efecto de la morfina, terminan poco a poco con el lugar. Pienso que, en el *rush*, pueden desintegrar la suite en menos de una hora. Ahora tocan la puerta: es Telma.

—¿Qué pasó con Go?

—Go se perdió con un afgano. Iba a conseguir goma en algún negocio. No volvió.

Seguramente, encontró una dosis y se quedó muerto por unos días. Quizá volvió a México, quizá solamente no quiere vernos, no sé. ¿Puedo quedarme aquí esta noche, Buba? Por favor.



8 de noviembre de 2010

Han pasado dos días y Go no aparece. Salgo a buscarlo. Pregunto por él en todos los sitios donde se reúnen los adictos. Nadie. Nada. Go debe estar muerto. Entro al *Abibullah* y ahí está el marine con cara de estúpido, disfrazado de afgano. He visto cómo los abuelos persas se burlan a menudo de él cuando comienza a hablar. “Ven, te sacaré de aquí, viejo”, le digo. Y llegamos juntos cuando Telma ya se ha encargado de limpiar el lugar y sacudir la moto que ha sido el trato a cambio de hospedaje. No de dosis. “Volveremos a dividir la suite, ahora en dos secciones”, les digo. “Telma estará en una y el marine y yo en otra.” Lo he pensado así para estar al tanto del marine. “Buenas noches”.

17 de noviembre de 2010

Hay noticias sobre Go. Alguien lo ha visto en la oficina de migración y, seguramente, debe estar preso o en trámite de ser repatriado. Nadie de nosotros puede buscarlo porque terminarían por deportarnos también. Telma ha dicho que perdieron los pasaportes. Telma ha pensado en ir a la embajada, pero el edificio ya no existe a causa de las explosiones.

22 de noviembre de 2010/ 8:20 horas

Telma y Bubabá han estado durmiendo juntos ahora que Go no está. Salen por la noche a pasear en la moto y vuelven por la madrugada mientras yo finjo dormir. Luego, terminan retorciéndose desnudos en el mismo sector. Bubabá es viejo y, al



poco tiempo, queda dormido. Telma entonces se inyecta otra dosis y olvida vestirse. Cuando despierto por las mañanas, Buba ha salido al negocio y ella está ahí, como una salamandra mostrando el cuerpo envenenado, apenas cubierto por un poco de bello castaño, mientras las hormigas le recorren las caderas.

—¿Qué miras?

—Nada.

—¿Me estabas mirando?

—No. Veía las hormigas.

—¿Quieres acostarte acá? ¿Con las hormigas?

22 de noviembre de 2010/ 11:10 horas

—Vístanse. Han vuelto a entrar esas hijas de puta.

—¿Sí?

—Sí. Mátenlas, se llevan la mercancía.

28 de noviembre de 2010

—Telma...

—¿Qué? ¿Qué tienes que decirme, Buba? ¿Es sobre Go? ¿Está muerto? ¿Go está muerto?

—Sí. Lo está.



31 de noviembre de 2010/ 16:32 horas

Con la muerte de Go, cambió radicalmente mi estancia en Kabul y lo primero que pensé fue en ir a recuperar su cuerpo. Busqué en todos los distritos. Como Go es extranjero, debe ser repatriado y el trámite llevaría varios días. También implicaría dinero. Dinero que en este momento no tengo.

—¿Dónde lo han matado, Bubabá?

—No lo sé.

—¿Cómo te has enterado?

—Me ha dicho un iraquí de la fracción que mataron a un mexicano con las señas de Go. Pensé que se trataba de él.

—Llévame con quien te dijo.

—Vamos.

—¿Quién es?

—Es él.

—¿Habla español?

—No.

—¿Habla inglés?

—Es iraquí.

—¿Qué mierda habla entonces? ¿Ruso? Habla iraquí. ¿Cómo te lo ha dicho a ti? ¿Cómo puede decirme, asegurarme que Gonzalo fue asesinado?



31 de noviembre de 2010/ 16:40 horas

Éstas son las palabras que Telma habla frente al iraquí sin que éste comprenda:

—Go tenía un lunar en la garganta. Usaba gafas que su madre le pedía siempre no fuera extraviar. No tenía un centavo, a pesar de que su padre era un capitán de la fuerza naval. Era joven, tenía apenas 29 años. Era idiota algunas veces con sus chistes y perdía el juicio como yo con el caballo. Una vez, me dijo que quería ser fisioterapeuta y dar consultas. Una vez, pensamos en tener un hijo. Una vez, nos perdimos por soltarnos la mano. No soportaba el país como yo. No soportaba las muertes de sus amigos por balas perdidas de militares cegados como yo. No soportaba ese estado fallido de derecho que te envejece paulatinamente y los que tienen veinte parece que tienen treinta y seis. Y los que tienen treinta parece que tienen cuarenta y tres. No queríamos vivir ya en ese país y vi escupir a Go varias veces su bandera. No queríamos volver a enamorarnos de nadie otra vez. No queríamos comprar en supermercados. Era vegetariano. Ahora, si está muerto, lo mismo me da si regresa a México o se queda en Afganistán. Ahora no sé si yo deba irme o si usted pueda decirme de una vez qué fue lo que pasó con él. Ahora usted no entiende nada, como yo tampoco le entiendo a usted, pero da igual. Siempre, entenderse o no entenderse, al final, resulta igual.



31 de noviembre de 2010/ 18:00 horas

Quería a Telma conmigo, por eso he mentido. Quería sus manos, sus caderas, sus muros rayados. Quería que se quedara sin Gonzalo. Quería a Go lejos, pero Telma se deshacía por no verlo y más allá de la abstinencia, reconocía que iba a morir sin él. Le dije que estaba vivo y subimos a la naket y no me detuve hasta llegar al refugio. No dijimos una palabra. Lo entendió todo. Era mejor callando que escribiendo. Sabía por qué lo había hecho. Sabía que me gustaba más, desnuda y sin Go entre las piernas. Aquella tarde, abrazada a mi espalda, sólo lloró hasta dejarme la camisa empapada. Tomé el camino más largo para seguir sintiéndola cerca, aferrada a mi cuerpo para no caer de la naket.

—¿Estás bien?

—¿Puedes ir más rápido?

—Sí.

—Y, por favor... no hablemos más.

1 de diciembre de 2010/ 22:12 horas

—Aquí está Go. Ha vuelto.

—Pensábamos que estabas muerto.

—Yo también.

—¿Has perdido los anteojos?



—Sí.

—Te ves mal.

—No ha sido para menos. ¿Y Telma? Vine por ella. Me dijeron que había empeorado.

—Afuera. Sigue llorando.

—Bueno, le hará bien. ¿Ya se puede fumar dentro?

—Sí. Abrí una ventana. ¿Quieres quedarte?

—¿Es posible? Será sólo unos días.

—Tendrás que limpiar y ocuparte de ella. Marine, Go se quedará con nosotros otra vez. Ya lo hemos arreglado.

—Bien.

—Dividiremos el espacio nuevamente en cuatro. Nadie puede pasar de un sector al otro. No hay peleas. Incluso no hay palabras después de las once. Go, ese hueco en la pared es la ventana, puedes abrirla quitándole el tapón para fumar, pero cuidando que no entren las hormigas.

—Son adictas, como ustedes. Y, como ustedes, todo lo echan a perder.

1 de diciembre de 2010/ 23:34 horas

—¿Qué hiciste todo este tiempo?

—Nada. ¿Qué hiciste tú?

—Nada, también.

—¿Estuviste con alguien?



—No.

—¿Por qué no volviste?

—No quería verte. ¿Por qué no me buscaste?

—Porque no podía siquiera mantenerme en pie.

—¿Acabaste finalmente con toda la goma del sótano?

—Go, estoy embarazada.



TERCERA ESTACIÓN

La de los hijos que nacieron de la heroína/ La de los ancianos cubiertos con su turbante fumando potro de rodillas/ La del funeral de la motocicleta/ La del gato estallado contra el muro/ La de los números que en el teléfono nunca se pudieron marcar.



I. Los días que sobrevinieron a la pérdida

A

—My dolly; mi muñeca. Mi verso muerto. Mi pupa. Mi corazón partido en tres mitades. ¿Ya no hablas? Dejaste de hablar para siempre.

—No la lastimes más.

—¿No tienes ya saliva en esa boca? Abre, te voy a besar. Abre un poco.

—Las vas a matar, marica...

—Honey, welcome back home/ I know she told you/ honey, I know she told you that she loved you much more than I did/ But all I know is that she left you/ And you swear that you just don't know why/ But you know, honey, I'll always/ I'll always be around if you ever want me/ Mi Janis Joplin. Tienes que despertar.

Telma está ahí, soñando con el puño de la sobredosis dentro. Duerme la mayor parte del día y, al despertar, llora por un momento y, luego, vuelve a dormir. Go sólo canta para ella canciones en inglés y, después, cuando nos distraemos le golpea el estómago de cinco meses que lleva encima.

—¿Qué sueña?

—A nadie le interesa.

Go vuelve a golpearla con la mano en la cara y, enseguida, en el vientre. Go no sabe u olvidó que la nena está embarazada...



—¿No te das cuenta, idiota?

—¿Qué?

—Que lleva una criatura adentro. No la despiertes, luego hay que volverla a inyectar.

—Es caro mantener a las nenas contentas. Más cuando son adictas.

—Deja de golpearla.

—Deja de golpearla. No quiero más cadáveres aquí.

—No me apuntes con esa mierda.

—Arrodíllate. Quédate así, arrodillado, o tu nena y tú tendrán que sacar el culo de aquí.

Go quedó arrodillado todo un día. Luego, Telma despertó llorando y gritando. Duerme para poder soportar la crisis de estar embarazada y no poderse inyectar.

—Cállala. Que se calle o se largue otra vez de aquí.

—Dile algo.

—Me gusta tu estómago.

—Idiota.

—La bola que te salió ahí.

—No me toques.

—¿Puedo tocarlo?

—No.



—Será hombre. Lo llamaremos Samuel. Déjame tocarlo. ¿Ves? No pasa nada. No te lo voy a matar. Sólo lo estoy sintiendo. Aquí está el nene. Le estoy sintiendo su cara. Sus ojos pequeños. Sus ojos están abiertos. Me mira.

—Déjame dormir, por favor, Gonzalo.

—Me está mirando. Esa cosa tiene ojos. Me mira.

B

Mi hijo nacerá aquí,
crecerá aquí,
contraerá enfermedades aquí
y, cuando eso suceda, morirá;
sin que nadie lo note, morirá.

Antes de eso, su padre y yo
habremos de abandonar el mundo,
tomar un avión hasta otra dirección.

Mi país es el exilio y, desde mi condición apátrida,
a ciento cuarenta y nueve días de haberme ido,
no he llamado a mi madre.

Nadie ha sabido de mí en un año



ni tampoco han hecho por buscarme,
o tal vez sí. ¿Quién puede saberlo?

Madre, me estoy poniendo vieja,
como tú.

He querido decirte eso
y he pasado por el teléfono algunas veces,
pero no he podido reconocer los números
que es necesario presionar
para llamarte.

C

Samuel difícilmente hablará. Lo saben los doctores. Lo puede imaginar cualquiera. Hoy he sorprendido a Telma desfallecida, luego de haberse colocado una dosis fuerte por la abstinencia. Buba ha dicho que no les venderá más. Eso ha puesto a Go impaciente y, finalmente, ha salido a buscar monedas. Telma debería estar ya en el hospital. Telma tendrá que quedar amarrada de las manos y los pies, se lo he propuesto a Buba. Se escapa con frecuencia y sale desnuda a buscar sobrantes. Dice a todo el mundo que quiere que el niño sea escritor, pero en realidad, muy en el fondo, desea sólo que sea un chico normal que pueda llegar a casa después del colegio, untar un poco de mermelada sobre un pan tostado y encender el televisor para ver Nickelodeon. Telma se aterra cuando digo esa



palabra: *Nickelodeon*. “Nickelodeon es un canal de televisión norteamericana para niños con retraso mental”, dice, “es el canal de los hijos de los soldados que matan niños en la guerra”. Sin embargo, sabemos que Samuel nacerá como si hubiese visto ese canal de televisión toda una vida.

D

Telma deja un momento de llorar. Sale del refugio. Va hasta donde se encuentran los hombres ancianos cubiertos con su turbante, fumando caballo de rodillas en el jardín en ruinas de la vieja Afganistán. Hombres, mujeres, niños, bestias. La dosis burbujea en el pequeño pliego de aluminio extraído de las envolturas para comida rápida que hay en la basura. Telma enseña sus pechos. Muestra a los hombres el vientre abultado de sus seis meses de embarazo de alto riesgo. Yo detrás comienzo a aplaudir como un idiota que imita la voz de Mark Knopfler, mientras ella baila para que nos regalen un poco de dosis.

“Mi Mark Knopfler de Dire Straits”, dice. El resto se encuentra tendido en el sitio, como si hubiese estallado una granada en medio el parque. Nadie habla. Sólo algunos ojos pueden girar plácidamente por su órbita. “¡Vamos!”, gritó en español, “¿la vieja Persia no tiene nada que ofrecer esta tarde a los mexicanos?”, pero nadie escucha. Nadie ve. Telma ha comenzado ahora a buscar algunos restos de aluminio por entre los cuerpos caídos, sonrientes, tomando el Sol y parece que comienza nuevamente a recuperar el llanto.



II. Crónica de los cinco días que sobrevivió un gato

Primer día

—Sorpresa.

Go ha traído un pequeño gato a la suite porque le han dicho que eso podría reanimar a Telma, que ha dejado de hablar en tres días; no come, no bebe, no mira.

—Lo encontré tirado. Está herido, pero podríamos salvarlo. Es para ti, Telma. Ten.

—No.

—Es solamente un gato.

—Morirá.

—El gato es horrible. La deprimirá más verlo. Además, podrá traer infecciones.

—Deja que Telma lo tenga.

—No hacen falta más cadáveres en este lugar.

—El marine que no opine. Está también de intruso, como el gato. Es más, está peor que el gato, porque finalmente el gato no pidió estar acá.

Segundo día

—El gato mejora.

—Ya tiene nombre: “Basura”. Se lo ha puesto Telma.

—Hoy no dormiré Basura aquí. Maúlla en las noches.



—En las noches, debe salir. Así funcionan los gatos.

—El gato mejora, pero Telma no.

Tercer día

—El gato tiene que irse de aquí.

—¿Por qué? No hace nada. Sólo observa. Caga afuera. Además, se come las hormigas.

—Pero Telma sigue muda y, en vez de cuidarlo, lo golpea y vuelve a dormir. El gato se ha acostumbrado al maltrato y ahora lo recibe hasta con gratitud por un poco de pan.

—El gato no se irá, Buba, ya es parte de la suite.

Cuarto día

—¿Qué está pasando?

—Buba mató al gato.

—¿Qué?

—Buba mató al gato y Go comenzó a golpearlo.

—¿Dónde están?

—Afuera.

—Sepáralos.

—Deja que se puedan arreglar.

—Pero Buba lo está matando. Go no para de gritar.



Quinto día

—Tengo frío.

—Bubabá tomó al gato de la cola y lo estrelló contra el muro. Ahí quedará la mancha si es que nadie la limpia.

—¿Alguien puede darme algo caliente de beber?

—Luego, el gato comenzó a morir poco a poco.

—¿Agua caliente, por lo menos?

—Entonces, Go cometió el error de tomar el arma y apuntarlo.

—Muero de sed y de frío, chicos.

—Buba ha matado a muchos. Fue militar, es un exconvicto. Era un hecho que podía quitarle el arma y someterlo.

—¿Puedes venir? ¿Puedes ayudarme con Go? Dice que tiene las costillas rotas. Bubabá ya no está.

—No, Telma. Go se lo buscó.

—Abre la puerta.

—Está cerrada, Buba la ha cerrado por fuera.

Tres días después

—Eres una mierda.

—Nos dejas encerrados tres días sin poder salir.

—Estaba ebrio, me perdí.



Bubabá volvió con la Honda naked 87, luego de tres días de haberse ido, dejándonos encerrados en la suite, lo cual enloqueció a los adictos.

—Estaba ebrio y me detuvieron. Me patearon el culo tres días seguidos los de la insurgencia.

—Pasamos tres días sin comer, bebiendo apenas el agua que se conserva en dos cubetas en la esquina de la habitación. Desnudos. Sudando como idiotas, avergonzados. En silencio. Sin tener nada que decir. Tomando aire por turnos del hueco de la pared para no morir de asfixia. Deteniendo a Telma que, a ocho meses de embarazo, insiste en romper, con los dientes, el candado que tiene puesta la trampa en el suelo donde Buba almacena la mercancía. Amigos, hemos hecho un México desfalleciente en este lugar.

Una hora después

—Perdón. Pensé que podían estar bien.

—Pensaste que podíamos estar bien, pero no lo estamos.

Entre Go y yo sujetamos a Buba, y comenzamos a amagarlo sobre el muro para sacarle el dinero y largarnos de ahí. Entonces, Telma tomó el arma.

—¿Qué haces?



Dos horas después

—Pensé que lo habías matado.

“Pensé que lo habías matado”, dijo Go, pero Telma, en vez de matar a Buba, disparó a la moto. La fue haciendo mierda disparo tras disparo. La moto se incendió al centro de la suite y todos tuvimos que salir arrastrándonos de ahí, menos Buba, que se obstinaba en no perderla, gritando como si le quemaran a un hijo.

—Pensé que lo habías matado a él.

—No. Al hijo de puta, le iba a doler más la moto.

Al día siguiente, el cadáver de la naket se exhibía fuera de la suite y, como Buba no soportaba verlo, fue idea mía enterrarla. Eso lo hizo sentir mejor y nos fuimos todos finalmente a dormir, a excepción de Telma, que sabía que Buba le haría mierda el vientre a patadas esa noche.

III. Samuel nace bajo la predicción de muerte que hace una anciana afgana



Salí de la suite esa noche. No quise estar cerca de ellos. Caminé al centro de la carretera y una anciana vino hacia mí. La anciana predice la muerte, la he visto antes hablar con los turistas. Camina cubierta del rostro y, luego, cuando está frente a ti, se descubre. Nos encontramos. Ambas pasamos bajo la sombra de los olivos:

Acércate, anciana.

Huéleme,

mira mi mirada.

Quiero ser escritora

y ahora hay un hijo en mi vientre;

nacerá aquí.

Le pondré Samuel, como Beckett,

pero aún faltan treinta días

y no sé si el caballo lo deje nacer.

Tócalo.

¿Qué dices tú que será?

Me han dicho que hay que leerles mucho

para que sean escritores,

pero aquí no tengo nada que leer.



¿Será escritor aun así?

O saldrá parecido a un demonio,
porque no he podido pararme de inyectar.

La anciana tiembla. Habla cosas incomprensibles. “¿A dónde debo ir?”, “¿qué debo hacer?”. Bajo su túnica, la anciana guarda el cadáver de un ave que me muestra y coloca sobre mis manos. Sé que ha comenzado el ritual. Ahora enciende un fósforo que mete en el pico del animal. El ave se incendia en mis manos, me quema las pestañas, las cejas y parte del cabello. Me deja ciega por un momento. Escucho sus pasos, mientras, al fondo, suenan los disparos y las voces que gritan y rezan. Ahora no tengo conmigo el bolso ni los aretes, ni los zapatos. El interior del ave estaba lleno de pólvora y la anciana ha hecho su día con las pocas cosas que llevaba encima. Intento alcanzarla, pero es inútil. Tropezco y siento que el vientre me explota como si dentro yo también, como el cadáver del ave, acumulara pólvora y esta anciana, robándome, ha presagiado cómo será mi muerte y el nacimiento de mi primer varón.

IV. Hospital de Sha Shahid

A

Está naciendo el chico.



La madre no ayuda demasiado.

¿Es extranjera?

¿Está sedada?

Despiértenla, por favor.

¿Ha venido el padre o algún familiar?

B

El niño presenta malformaciones
por consumo de enervantes.

Llévenlo a la madre, que lo vea
y responda por ello.

El niño difícilmente sobrevivirá;

llévenlo a la madre
y devuélvanlo a la incubadora.

C

—Se llama Samuel. Tiene los ojos tristes de mi padre. Go, avisa a mi padre que el niño ha nacido. Que nació bien. Que no es apuesto, pero será libre de pensamiento. Que es pequeño, pero luchará por crecer. Que se llamará Samuel, como Beckett. Que es su nieto. Que tiene sus ojos. Que le enviaré pronto una foto donde aparezcamos los dos en algún sitio lindo de Kabul.

—Sí, Telma.



—Y que me perdone...



CUARTA ESTACIÓN

La de la muerte/ La del sitio donde dejaron extraviadas sus maletas/ La de los ojos tristes de Samuel/ La de la heroína que se pudo y no se pudo transportar/ La de la partida a México de Afganistán/ La de la luz que deja de habitar el refugio interrumpiendo la risa.



I. La fracción del suicida

Aquí Buba/ Estoy caminando/ Llevo un mes caminando luego de perder la naket y ahora tengo un kilo de morfa sembrado en el tórax/ En cualquier momento, todo quedará en silencio/ Así es/ Nadie respira/ Apenas estoy aquí y nadie respira/ Las sombras de los que salen por todos lados se multiplican y comienzan a acercarse sigilosas controlando el temblor en el cuerpo que produce la ansiedad de los suicidas/ No cuelgues/ Este sector es conocido como la fracción de los suicidas/ Musulmanes que dan la vida en ataques suicidas/ Los has visto por TV/ Y, en sus pequeñas viviendas, pasan la noche fumando caballo y fabricando explosivos caseros/ Pequeños kamikazes/ Ahí están/ Veo sus ojos/ Pienso/ Que me ayuden a pagar mi vida/ Que me ayuden a creer en ella/ Que me ayuden a saber que mi muerte ha valido la pena/ Sus hijos se educan para eso desde niños/ Son niños bomba/ Una comunidad que dedica su vida a explotar por Alá/ Hola/ Hola/ ¿Me escuchan?/ Mierda, se ha ido la señal/ Tampoco hay señal por acá.

II. Primera infancia de Samuel

No sé qué ha pasado con todo esto. Samuel no llora. Tampoco quiere comer. Sólo me observa. Es muy pequeño. Canto algunas canciones para él. Luego, tengo náuseas y, después, tengo ganas de dormir un mes. Me gusta pensar que algún día alguien sabrá mi historia y la publicará en una telenovela. Las telenovelas mexicanas son aún famosas en Pakistán. Es mejor ver telenovelas que escuchar



las bombas. Quisiera hablar con mi padre, no quiero volver y encontrarlo muerto. Pero si lo encuentro vivo, no puedo mostrarle al chico. Necesito encontrar un empleo para ofrecerle tratamiento ahora, como han dicho los doctores, que aún hay tiempo y los daños pueden ser reversibles. Salgo a tratar de encontrar algo en los pocos sitios de comida rápida que han quedado en el centro, pero no hay respuesta. Nunca hay respuesta. Todos me miran con desconfianza y prefiero volver a la suite, sin poner tanto empeño en llegar pronto.

—¿Qué pasó contigo? ¿Te has vuelto a colocar? Cierra la puerta.

—¿Dónde está mi niño?

—No sé.

—¿Cómo no sabes, Buba?

—El niño estaba aquí hace cinco minutos.

—¿Estaba dónde?

—Aquí, aquí.

—¿Con quién?

—Con Gonzalo. Estaban aquí los dos.

—¿Y luego?

—No lo sé. Go estaba parado ahí. El niño se arrastraba hacia él. Luego, Go lo intentaba poner de pie, pero caía siempre. Le dije que lo dejará en paz, pero él insistía en enseñarle a caminar.

—El niño es muy pequeño para eso.



—Sé que el niño es muy pequeño para eso, Telma. Se lo digo a Gonzalo a cada momento, pero él no registra eso ni ninguna otra cosa. Está ido. ¿Entiendes? No registra lo que le digo. Está en otra.

—Sí, entiendo. Entiendo...

—¿Telma?

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—Es muy tarde para que estén fuera.

—Mira, aquí están.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué traes al niño así?

—Estaba inquieto, lo saqué a dar un paseo.

—Descúbrelo, muere de calor. No importa que la gente lo vea. ¿Por qué vienes golpeado?

—Por dejar que lo vean así, perra estúpida. Cada que lo saco descubierto a la calle alguien lo mira con lástima. ¿Entiendes? Hablan cosas sobre él que ya puedo comenzar a entender. Entonces, voy y les rompo los dientes. ¿Entiendes? Después, ellos vienen y me dejan tendido. Son más. Deberías saber que esos hijos de puta son mucho más y están armados. No les importa un carajo la vida. Cualquier día que salga con él puedo regresar muerto y tú divirtiéndote sobre los tanques con los ingleses.

—¿Qué estás diciendo?

—La gente lo mira demasiado, es cierto. Mejor que lo traigan cubierto.



—A la mierda la gente. ¡A la mierda! Éste no es tu país. Éste no es el desprecio de los que desprecian como tú. Esto no es lo que veníamos a vivir aquí. Dame al niño y no lo vuelvas a sacar de aquí.

—Ten. No quiero saber nada de él.

—¿Te colocaste?

—No.

—¿Te colocaste, imbécil?

—Un poco.

—¿Andando con Samuel? Eres una mierda.

III. Las últimas noches en la suite

Primera noche

—¿Quedó algo, Go?

—¿Qué?

—¿Te quedó algo?

—No, amor.

—¿Y dinero?

—No.

—¿Y una forma para conseguir?

—No amor.

—¿Qué tienes en la mano?



—Un hoyo.

—Estás sangrando.

Segunda noche

—¿Me vas a decir por qué le disparaste, Buba?

—Llegué por el callejón 23, ahí recogí una mercancía. Me acerqué a la calle donde están las niñas de Pakistán. Me dijeron que hoy llegaban tres hombres: uno camboyano y otros dos filipinos. Que podíamos vernos por la estación en el Hotel Kapapaul. Caminé hacia allá, pero hubo atentado en la quinta y los marines obstruían el paso. Me fui entonces hacia el barrio de Toham y ahí, sentado en una esquina, estaba con el niño.

—¿Cubierto?

—No, lo tenía descubierto y pedía dinero. Comprendí que Go hizo eso por mucho tiempo. Luego, con lo que reunía, compraba su dosis y, al llegar aquí, fingía haber llevado a Samuel a tomar un paseo. Por eso le disparé en la mano. “Así podrás seguir pidiendo misericordia al pueblo afgano”, le dije.

—Te equivocas. Así no podrá tomar a su hijo de la mano nunca más.

Tercera noche

—Ven, Go. ¿Saliste a pedir dinero por el niño?

—Los putos árabes. Todo lo han venido complicando. Ahora siento que soy uno de ellos. Querían darme dinero por él. Me ofrecían trescientos grandes. Yo lo



hubiera tomado. Para mí, eso hubiera sido fácil y no volverías a verme. Lo hubiera tomado de no saber, primero, que el niño se va a componer como dijeron los doctores y, segundo, que no quiero que el chico termine como envoltura de cinco kilos de opio que se va al carajo para Rusia. ¿Entiendes? Porque ya deben haber ahí dentro de cinco a seis kilos de opio para pasar por tierra hasta Kazajistán y de ahí las avionetas lo llevan a las fronteras rusas. ¿Qué estás pensando?

—Que mientes, Gonzalo. Que no reconozco quién habla. Que ya no eres tú. No me toques. Quiero salir un momento.

Cuarta noche

Hacía más de tres meses que no llovía en Afganistán. Go, luego del percance que lo ha dejado herido de la mano, suspendió por tres días la heroína y trató de calmar la ansiedad con alcohol. Cuando Samuel duerme, se acerca y dice: “¿Vamos a tomar un paseo, cocodrilo?”. “Sí”, contesto, aunque debo decir no. “Yo seguiré consumiendo, Go, pero es bueno que tú hayas decidido quitarte el diablo”, le digo. “Vamos. Demos el paseo...”.

—¿Qué quieres? Pide lo que quieras.

—¿Gastarás mucho en eso?

—Pide lo que quieras, tengo este dinero para gastarlo contigo.

—Es que... no quiero que descompletes para lo mío.

—No. Pide...



—Y también que, si lo vas a gastar en eso, mejor guárdalo para comprar más de lo mío. ¿A dónde vas?

—Tengo una pistola, ¿ves?

—¿De dónde has sacado eso?

—Es de Buba. Tómala así... ahora ve a un punto. ¿Ya?

—Sí.

—¿Cuál es el punto?

—Tú.

—¿Cuál es?

—Tú.

—¿Vas a dispararme?

—Sí.

—¿Al padre de tu hijo? Bueno, que sea en la otra mano, para estar parejo.

—Quítate. Estás borracho.

—¿Ves qué fácil es quitarle la pistola a alguien con una sola mano? ¿Querías matarme?

—Bromeaba.

—No. Querías matarme.

—No.

—¿Ves allá, en aquella esquina?

—Sí.

—Son las niñas de Islamabad.



—Sí, son las niñas de Islamabad que se prostituyen por diez dólares con los marines.

—¿Qué haces?

—Te enseñaré a disparar. Ven.

—Suéltame.

—Ven.

—Dame el dinero, lo que me toca, voy a regresar a la suite.

—¿Lo que te toca? No te toca nada. Te toca joderte, es lo que te toca, belleza. Este dinero lo he ganado con una sola mano... ¿Ves? Y, entonces, veremos lo que sólo una mano sabe hacer.

—¿Vas a dispararle a las niñas?

—Sí. Bueno, no a todas. Has dicho que soy malo para los chistes. Les contaré uno y voy a matar a la que no sonría. ¿Te gusta el plan?

—¿Lo contarás en pakistaní? Imbécil, en español no lo entenderán. Tendrás que matarlas a todas.

—Cállate. Aquí vienen.

Se acercaron tres pequeñas niñas descalzas. Parecen perdidas en la ciudad. Apenas un poco maquilladas. Go estaba idiota ya por la abstinencia. Si las mujeres viven sometidas en Afganistán, las niñas pakistanís no existen, simplemente no existen. Go, con su única mano, busca la cachapa de la pistola que sobresale del pantalón antes de contar el chiste. Pero las niñas ríen a carcajadas



viendo nuestras caras reproducirse en la pequeña pantalla de una cámara de video, sabiendo que estamos ahí frente a ellas. La cámara perdida de Go. ¿Cómo pudo llegar hasta sus manos? ¿Cuánto tiempo había pasado después de haberla perdido? ¿Un año? ¿Un mes? ¿Ayer?

Quinta noche

—Buba... aquí hay una cámara. Necesitamos goma.

—Para ustedes no habrá goma nunca más.

—Te darán más de 200 afganis por esta mierda.

—No, Telma. Vayan al Rash Hasí.

—En el Rash Hasí, dejaron de vender por el atentado. No hay venta, por lo menos en la ciudad.

—No es mi problema. ¿Puedes dejarme tranquilo? Intento dormir.

—Buba, ¿qué hacía Go con el niño para que le hayas volado la mano?

—Ya te dije.

—¿Sabes que gracias a eso se ha convertido en un inútil? Y ahora se escusa con eso de no tener mano, para no trabajar.

—Ya era un inútil.

—Pero, por lo menos, se veía obligado a hacerlo. Ahora tiene un buen pretexto y le ha funcionado.

—Tiene la otra.



—Con la otra sólo se inyecta Buba y ahora lo peor es que depende más de mí. Mírame, ¿qué hacía con el niño?

—No sé.

—¿Qué hacía?

—Lo sentaba entre sus piernas. La gente lo veía mal. Entonces, el niño lloraba. Nadie le pegaba. Lloraba sólo de hambre, de espanto. El niño lloraba y, al llorar, contraía los músculos de la cara y eso empeoraba su aspecto. La gente por la calle del Sidarat, aunque pasaba a toda prisa, se detenía un poco a mirar. Samuel parecía más aterrado al verlos, comenzaba a gritar y convulsionarse por el llanto. Eso le convenía a Go, supongo, porque no hacía nada más que ofrecer la mano para recibir monedas. La gente, al pasar, imaginaba que Samuel había sido víctima de un atentado o de la guerra contra los ingleses. Pero el pequeño Samuel, todos lo sabemos, no es producto de la guerra contra los ingleses, sino de la guerra perdida de sus padres con la heroína.

IV. Samuel/Opio

—La idea de que Samuel se quede en Afganistán es de Gonzalo, no mía. Ven, Samuel, hagamos como que nada de esto sucedió. Vamos a pensar juntos. Piensa. Tú puedes hacerlo bien, tienes ya casi un año. No serás un retardado... un subnormal como tu padre. No serás un niño opio. No serás el niño opio, Samuel... ve a los ojos a mamá. No serás eso. Nadie te faltará al respeto. Nadie



te verá como algo extraño. Tienes casi un año y no caminas. ¿Qué ha pasado con eso, Samuel? Está bien, no llores. No importa. Nadie te hará daño mientras mamá esté aquí. Nadie sabrá que estás aquí esperando que alguien venga a darte una caricia, como sucede con los niños que se creen normales. Es una porquería, porque esos niños finalmente serán los próximos gusanos que exploten el mundo, los próximos asesinos de la felicidad de los otros. Yo no quiero ser nada de lo que fui, ni quiero que tú lo seas, aunque la gente diga que eres feo. Mejor ser feo que asesino. No te preocupes por no caminar. No hay muchas opciones para llegar a algún sitio importante. Ven acá. No tengas miedo, nadie te lastimará. Y si alguien te lastima, no seré yo quien lo haga. Sólo entonces aprenderás a guardar silencio y sobarte tus propios golpes. Ven, te ensañaré a hablar. Hablarás y, después, comenzarás a escribir.

V. Lluve en Afganistán. Último poema escrito por Telma

Lluve en Afganistán.

Es miércoles,

hoy olvide a qué vinimos aquí.

Hablo inglés, pero tengo derecho

a declarar en mi propio idioma.

No quiero morir aquí;



todos se han ido y hace frío.

México, del otro lado del mundo,
y mi madre, seguramente sentada,
atravesada por la tristeza
como esta ventana,
preguntándose por mí.
Llueve en Afganistán.
Cuento las gotas de lluvia;
estoy abriendo los ojos para que una gota
pueda entrar.

Estoy cerrando la puerta,
porque sé
que alguien puede entrar de pronto
y descubrirnos inconscientes
en el refugio.

La ciudad se detuvo,
echó abajo nuestros planes.
Nos hizo vivirla sin estar preparados,
sin haberlo pensado.



De pronto, todo se detuvo:
las explosiones, los autos calcinados,
los viejos dromedarios,
las estaciones.

Hoy, después de 840 días,
me sigo preguntando:
¿a qué vinimos?
¿Ha valido la pena todo esto?
¿Es necesario volver del país donde salimos?
Yo todavía no lo sé.

VI. Telma y Go hacen el amor frente a dos hombres que cuelgan del cuello en una fábrica a las afueras de Kabul

—Estoy en el *rush*.

—No me sueltes.

—No.

—Sujétame las manos.

—Sujétamelas tú.

—Puedo escapar.

—Escapa. Ven.



—Tómame de las manos, de los hombros, del cuello, de los pies. No me sueltes.

—Déjame desnuda a tu lado para que no pueda salir por vergüenza a ningún lugar.

—¿Escuchas? Allá afuera hay un hombre que dispara hacia esta dirección.

—¿Nos habrá visto?

—No lo sé. No quiero ser de los que mañana apesten las calles de aquí hasta Bagdad.

—Tengo ganas de aparecer irreconocible por tus manos.

—Tengo ganas de hacerte otro pequeño cocodrilo.

—Go, ahí hay dos hombres colgados...

—¿Quieres acercarte?

—No sé si sea buena idea.

—Ven.

—Tengo miedo, Go.

—Balancéalos.

—Nunca había sentido esto.

—Balancéalos más, ahora sujétate de sus pies.

—¡No! El cuello no resistirá.

—Resistirá, balancéate más, con más fuerza

—Para. Comienzo a tener vértigo.

—Ven acá, bésame.



—“Suite Afganistán”, así se llamará mi libro. ¿Te gusta? “Suite Afganistán” de Telma H. La historia de nuestros días con Samuel, Buba y el marine en la pequeña suite.

—Me gusta.

—¿Crees que Samuel pueda leerlo alguna vez?

—No lo sé, pero todo parece indicar que no.

—A veces, me gusta pensar que sí. Que lo leerá, que entenderá todo esto.

—No te muevas.

—¿Qué pasa?

—Traen a más hombres.

—¿Qué dices?

—Para colgarlos.

—Go, vámonos de aquí.

VII. El final de la suite

—No sé qué ha pasado ahora con ellos. No han vuelto. Salí a buscarlos. ¿Dónde están los mexicanos? Los altos, delgados, los que andan en huesos, el de barba como árabe, el manco, el Cristo, el que toma la mano de ella y caminan juntos por la orilla de la banqueta. Ella, la nena distraída pero sexy. La de las botas con estoperoles y botones de Dire Straits en la solapa del chaleco.



—Los dos mexicanos que llegaron hace dos años y cuatro meses. Los papás de Samuel. El niño opio. De Samuel morfina. Los hijos de la chingada. Han pasado cuatro días, no han vuelto, y Samuel ha comenzado a dibujar sus rostros en las paredes del refugio con la tiza con la que dividimos nuestros sectores.

—Al final, se supo que el chico tenía sentimientos.

—Parece que los extraña.

Bubabá lo quiere. En el fondo, Bubabá sabe que es el padre. O quizá yo lo sea también en otro porcentaje. No lo sé. Nadie quiere sentirse responsable. Ahora han pasado dos días más y hemos acordado que, si no vuelven, dividiremos el refugio a la mitad. Una parte corresponderá a Buba y otra a mí. Samuel, estamos de acuerdo, podrá transitar libremente por las dos ahora que comienza a andar. ¿Verdad, Sam?

—Bueno, han pasado ocho días desde que los papás se fueron y alguien dijo que escucharon a alguien gritando “auxilio”, mal traducido en persa. Debió ser Go.

Bubabá ha salido con Samuel y regresado con dinero y tres paquetes de heroína que tendrá que entregar mañana fuera del aeropuerto. Samuel ha vuelto a salir con Buba en la moto. Otra moto que Buba apoda la *Naket dos*. Buba prefiere llevarlo con un pequeño casco que él mismo ha fabricado para evitar problemas por la calle. Pareciera que Sam trabajará ya con Buba. Que Buba lo ha contratado



como su ayudante en el negocio. Según me cuenta Buba, es conocido ya por todos los socios que le esperan en los puntos de distribución. Me río. Dice que en los barrios conocen al chico por *Samuel Morfina*. Y cuando lo cuenta, reímos. Y también Samuel Morfina ríe. Aunque, finalmente, no hablará, como han dicho los doctores. Algún día conocerá México, su país, y podrá caminar por la calle, sin cubrirse la cara, que también es su derecho. Reímos y seguimos riendo ahí los tres, hasta que la luz eléctrica de Afganistán se interrumpe como la risa cuando una bomba impacta con la suite y aún estamos dentro.

—Papá...

—¿Oíste? El hijo de puta ha dicho “papá”.



WV

WV